

860
EC

EL 40

REVISTA LITERARIA



Primavera de 1952

4

Buenos Aires

800
EC

EL 40

REVISTA LITERARIA



4

Primavera de 1952

Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas <http://www.ahira.com.ar/>

“EL 40”

REVISTA LITERARIA

AÑO I

NUMERO 4

SECRETARÍA DE REDACCIÓN

Y

ADMINISTRACIÓN

UGARTECHE 3050, 34/1º

Capital Federal

República Argentina

★

REPRESENTANTES

C. Eva Perón: *Alberto Ponre de León*

Entre Ríos: *Francisco Tomat Guido*

Mendoza: *Flavio Donadel*

Uruguay: *Dora Isella Russell*

★

EN VENTA

LIBRERIA “VERBUM”

VIAMONTE 429, Bs. As.

T. E. RETIRO 31-2793

Solicitamos Canje

*En la Colección
poética de la
CLEPSIDRA*

1.
MEMORIA DEL
AMANTE

por
Martín Alberto
Boneo

ej. \$ 15.-

LIBRERIA
VERBVM



LEA

*Un libro indispensable
para su cultura*

PROSAS DE MARTIN FIERRO

*con una selección de los escritos de
JOSE HERNANDEZ*

por
ANTONIO PAGES LARRAYA

Ej.: \$ 25

EDITORIAL RAIGAL

CUADERNOS

"JULIO HERRERA Y REISSIG"

DIRECTOR:

Juvenal Ortiz Saralegui

COLONIA 1263
MONTEVIDEO
URUGUAY

Lea los títulos que publica

Editorial "SED"

Julián Álvarez 1965

T. E. 71-4586

RENUEVE SU SUSCRIPCION ANUAL

PAISES DE HABLA ESPAÑOLA

NUMERO SUELTO \$ 4 m/arg.
SUSCRIPCION ANUAL \$ 15 m/arg.

OTROS PAISES

NUMERO SUELTO 0.50 dólares
SUSCRIPCION ANUAL 2 „

EL 40

REVISTA LITERARIA



SUMARIO

	Primer aniversario
	La víctima y el verdugo
Ricardo E. Molinari	Epitafios
Miguel D. Etchebarne	El viaje
✓ Martín Alberto Boneo	Una imprenta argentina en la cultura nacional
Alfonso Sola González	Aquí estarán
Mario Binetti	El niño
Sara de Ibáñez	Tiempo I, poema IV
Juvenal Ortiz Saralegui	Si amando me aprisiono y me libero
Dora Isella Russell	Soneto amargo

LIBROS

Oleaje, de Dora Isella Russell; Mundo de milagro, de Mario Binetti; Desenlace de Endimión, de Vicente Barbieri; Los más grandes poetas ingleses, de Mariano de Vedia y Mitre; Sierva Celeste, de Elena Duncan; Fábula del niño en el hombre, de Fryda Schultz de Mantovani.

REVALIDACIONES

La soledad poblada, de Juan Ferreyra Basso; Después del olvido, de César Rosales; El rostro inmarcesible, de León Benarós; Gallo ciego, de César Fernández Moreno.

Libros recibidos

Dibujos de Atilio del Soldato

Primavera de 1952

4

Buenos Aires



PRIMER ANIVERSARIO

UN año de vida es poco cuando se desea dejar frutos ciertos de una obra determinada. Menos aún, los cuatro números de *EL 40*, hasta ahora aparecidos, que son, bien lo sabemos, una parte ínfima de lo que nos hemos propuesto. Pero un año es mucho cuando, como en nuestro caso, se ha debido luchar a fin de desbrozar el camino de las dificultades; lograr la colaboración de figuras caracterizadas y vencer la apatía de éstas; afirmar el pensamiento inicial a pesar de las vallas surgidas y llegar, así, a cerrar el ciclo más difícil; aquel en que se agotan generalmente los buenos propósitos y el entusiasmo de las iniciativas.

No nos podemos quejar, pues, de lo realizado. Comprendemos que es, apenas, un tanteo, un aprendizaje para una más alta empresa literaria, hacia la que vamos firmes y resueltos. Pero nos enorgullece haber logrado, siquiera en parte, y haber ofrecido, en parte también, un panorama de la llamada *generación del cuarenta*. No es posible negar que nunca tuvo ésta una tribuna abierta y sin distinción de credos, estéticas o capillas literarias. Hasta el momento de la aparición de *EL 40* no existían revistas que aglutinaran, con ese criterio, a todos los poetas surgidos a partir de 1940. Varias publicaciones habían intentado dar una muestra de los jóvenes, pero estando signadas de un sectarismo demasiado manifiesto para que fueran fiel reflejo del movimiento, quedaron en el camino sin haber fructificado en lo que esencialmente interesaba, es decir, mostrar a una generación en plena posesión de sus medios expresivos. Sin embargo, cumplieron, en cierto modo, con el deber de no dejar morir a un grupo de poetas interesantes, que aún continúan presentes, aunque su destino parece que fuera proseguir aislados, ignorándose las más de las veces cuando no luchando entre ellos con una saña digna de mejor causa.

Para impedir esa desintegración, nuestra revista dió su primer número llamando a colaborar sin condiciones excluyentes ni otro motivo valedero que la poesía; sin darle al concepto *generación* sino su sentido lato y aspirando a reunir a todos los que "*por razones de convivencia personal o incentivos puramente estéticos se sintieran ligados a nuestro movimiento*". Este llamado tuvo eco y muchos se acercaron comprendiendo que el problema generacional era lateral y accesorio importando más la idea de unión que una controversia, que podría diferirse con el

objeto de no caer nuevamente en lo limitado de las *capillas* o de los *círculos*.

Los números siguientes tuvieron, sin embargo, insospechada resistencia. Parecería que ciertos poetas de la llamada *generación del cuarenta* distrajeran los menesteres de su oficio con minucias extrapoéticas que los moviesen a permanecer desconectados, atentos tan sólo al cenáculo de tal o cual revista o al salón de ésta o aquella librería estudiantil.

A pesar de esa resistencia, *EL 40* ha podido obtener un éxito tan sugestivo que le ha permitido comenzar pasando por alto ataques y toda gama de recursos empleados por un grupo que nos quiere mal, a pesar de que varias veces hemos intentado alargarle nuestra mano en tren de pacíficos ciudadanos de esta república de las letras, que no ha salido todavía de lo *south american*, con mucho de villorio y poco de americano.

Pero la revista ha cumplido ese primer año, tan difícil de alcanzar. Lo ha cumplido a pesar de esos inconvenientes, y sin emplear armas innobles para repeler el combatir de unos pocos. *EL 40* cumple ese primer año de vida no como una antología lánguida o enfermiza sino como una cosa viva, como un nervio de las inquietudes que caben en pechos jóvenes. En este sentido —y teniendo en cuenta las lógicas limitaciones que la hora que vive el mundo impone— ha contribuido en forma sana y efectiva a iniciar la unión de los poetas de la *generación del cuarenta*. No hemos sido iconoclastas, aunque sabemos que sobre todo espíritu joven no debe gravitar demasiado el tabú de los dioses literarios. Pero, como no creemos que sea necesario destruir para edificar y no consideramos que haya que desarraigar para echar nuevos cimientos, preconizamos el uso y respeto de las normas antiguas para alzar nuestras construcciones espirituales.

Así, fieles a esta manera de pensar y de obrar, hemos proclamado la vigencia de los grandes valores del espíritu de nuestro pueblo y hemos alzado nuestra admiración por figuras señeras que cantaron a lo nacional o que acercaron lo extranjero amoldándolo a lo nuestro sin perder, por ello, esencias características de lo argentino.

Pero esto no ha significado, en modo alguno, un acatamiento a formas preestablecidas o a nombres consagrados. *EL 40* aspira a ser algo más que una revista anodina, carente de perfil propio, estática o recopiladora de poemas, prosas o piezas de compromiso. En nuestra actitud hay mucho de rebeldía y de revisionismo, pues si queremos imponer a una generación literaria, de antemano sabemos que la crítica debe ser, muchas veces, un arma

dirigida contra aquello caduco que estorba la visión del futuro.

Por otra parte, proclamamos también nuestra fe en los novísimos poetas. A ellos queremos expresarles que hay en toda juventud un brote de idealismo y de perfección que es preciso salvar siempre. Para eso debemos preparar el camino y luchar contra los que escamotean verdaderos valores, como asimismo enfrentarnos con todo lo que existe en arte de falso, de simulado y de impotente. Mas para ello es necesario que nos apoyen, que escuchen nuestro llamado y que convivan espiritualmente en la más clara coincidencia de sensibilidad y de anhelos.

Queremos que este intento no se pierda; que no se malogre nuestra tentativa de unión en un silencio demasiado unánime para que sea sincero.

Queremos contribuir a iniciar una etapa de florecimiento y de pletórica fuerza artística, que rompa contra la indiferencia y con los odios poco convincentes.

Queremos entregar a nuestros compañeros en la poesía una tribuna abierta a todos, sin más condición que la calidad y la nobleza de intención.

Queremos fusionar a los grupos dispersos sin malograr tendencias ni ahogar personalidades, pues nuestro anhelo es el de dar a todos una revista serena y sin prejuicios que recoja el trabajo literario de la juventud.

Queremos entregar nuestras páginas para que se debata en ellas el problema de nuestra existencia o inexistencia como generación, aunque, por otra parte, no nos ata esto demasiado, como para hacernos olvidar aquel concepto estampado por los directores de "Proa" en su primer número: *"vale más para nosotros un anciano batallador y fecundo que diez jóvenes negativos y frívolos."*

Por eso nuestro llamado tiene mucho de clarinada y mucho de angustioso esperar a los que así convocamos.

Y como queremos ser los primeros exponentes de esta unión futura, le damos a este artículo, más que el carácter de salutación por un aniversario feliz, el verdadero tono y la rotunda sonoridad de un cabal manifiesto literario dirigido a nuestros compañeros: a los que nos siguen con fe, a los indiferentes, a los retraídos y a los que nos combaten con equivocada violencia.

La Víctima y el Verdugo

Hoy, que la improvisación de todo "aprendiz de brujo" desata en el mundo las ridículas pantomimas de un caos creador sin principios y sin moral, vemos con tristeza qué pocos se salvan del adocenamiento, el servilismo, y la sumisión vergonzante a lo utilitario y material, antes que a la dignidad y sacrificio del pensamiento, acorde con la doctrina que se escribe, se medita y se vive. Los editores contribuyen en su generalidad a estos tipos denunciados de obras. El dinero enfervorizase alrededor de los mistificadores de la literatura o el arte, construyendo "slogans" de asfixia y de artificio alrededor de los lectores. El público se engaña y es envenenado. La literatura y la crítica literaria, sobre todo, nacen de esa podredumbre y causan escozor, angustia y desasosiego. Por último, se acaba por decir y suponer: no hay buenos escritores, no hay buenos libros, no hay buena crítica, etc. Se fosiliza hasta el punto de hacer reediciones y acortar el mercado para la producción novísima. Imponer una firma es encanallecer una paciencia, enfermar una voluntad, materializar un espíritu. Lo más puro que puede resultar de todo esto es la "conciencia de favor" —aunque sea justo— con la que un amigo le dice al escritor "yo le voy a hacer una crítica" o "yo lo recomendaré a un editor". Y esto es posible. Y esto es natural llegándose hasta el extremo, en muchos casos, de influencias espúreas en las que un editor se garantiza de la absorción del tiraje de una determinada obra, respaldándose de antemano contra la falta de éxito en la venta. Los contratos leoninos que se soportan en este sentido, son demoledores, de la misma manera que es infinito el tiempo que dista entre la entrega de una colaboración a un determinado diario o revista y la publicación de la misma, circunstancia agravada por el paralelismo de tiempo que existe para la forma de pago, con lo antedicho.

Indiscutiblemente escribir debe ser anacrónico. Vivir la época significará "cuantificar el pensamiento", darle un valor comercial para cualquier cosa menos para la literatura; y entre sus géneros más respetables, olvidar, sobre todo, desterrar los poetas y la poesía, conspiradores del tiempo, holgazanes sin término, donde el ocio que les produce inspiración, no tiene otro sentido para "la viveza criolla" que el de un excusado ideal para el escamoteo al trabajo.

(Continúa en la pág. 80)

RICARDO E. MOLINARI

Presentamos en este número a uno de los poetas más sugestivos que ha dado la lírica argentina de los últimos treinta años. Ricardo E. Molinari es, en efecto, una de las voces perdurables surgidas de aquel grupo de poetas que hicieron sus primeras armas en tiempos de "Inicial", de "Proa" y de "Martín Fierro". Adalides de las corrientes ultraístas; combatientes frente al modernismo *rubeniano*; iconoclastas ante lo estereotipado del academicismo y del conceptismo; llenos de fe por el milagro de la poesía; altos y puros, herméticos y oníricos, estos graves cantores fueron nuestros indudables maestros. En Leopoldo Marechal, en Francisco Luis Bernárdez, en Jorge Luis Borges, en Carlos Mastronardi o en este Ricardo E. Molinari, rotundo y aéreo, se abreve casi en su totalidad la pléyade que nace a partir de 1940.

Al dar cabida a Ricardo E. Molinari —con cuya colaboración nos honramos— no intentaremos analizar la obra de este autor —premio municipal de poesía de 1930 y 1933, premio nacional de poesía de 1943—. Su labor lírica es conocida no sólo en nuestro país sino también en América y España, donde goza de un merecido renombre y se lo cuenta entre los mejores poetas modernos de la lengua. Por ello, sería innecesario abarcar en una síntesis la riqueza de su material poético, la belleza de sus imágenes, la exactitud del idioma que maneja, la vastedad de su temática o la gravitación que ejerce en la literatura de nuestro país. Pero diremos que su poesía comienza en su mente —como decía Edith Sitwell al referirse a Pope— y sin ser precisamente cerebral, crece luego en su sangre como la rosa nace entre hojas oscuras. El poeta siente el poema en la palma de su mano sensitiva y conociendo su exacto peso y medida, deja que el verso fluya por sus venas. Luego, como el escultor descubre la forma del mármol, lo desmadeja entre sus dedos finos hasta arrancarle esa sonoridad de la gota cristalina, esa serenidad de la nieve imperturbable, ese crepitar hondo y terrible del fuego entre los bosques del estío. Todo ello enmarcado por un sentido nostálgico y purísimo de la vida; sentido que se resuelve siempre en un retraimiento doloroso de su propio y universal problema humano.

Esto es Ricardo E. Molinari para nosotros. Todo su genio está allí, *en ese transparente sinsabor desnudo*, en esos ramos apretados que su noche le ofrece espaciosa, al sur, desde los anchos campos que tan bien ha cantado, con su flor inadvertida y sus cardos azules.

M. A. B.

EPITAFIOS

Especial para EL 40

I

A un marinero ahogado en el mar

En el mar, hacia la fuerte espuma,
yerras errante, alma de Sinaquios,
entre el cielo y el agua, en la bruma;
y miras las rubias velas rotas
y tu cuerpo ausente de la tierra.
¡Vagabundo, perdido, presente,
pasas con los pájaros marinos!

II

A una rosa

Elevada y ardiente en mis hojas
miré mis propias galas abiertas,
y en su mano alzada y gobernada,
el brillo de su rostro y desiertas
ansias. ¡Rosa fuí, dulzura sola!
¡Juntas dormimos igual olvido!

III

De una moza

El calor y el fuego de sus ojos:
su sueño un día fuí, y en su sueño
viví la juventud. ¡Hoy descanso!

¡Quizás, ay, yazga muerto conmigo!

IV

A doña B. D. de Molinari,

1843-1921

Remonta, viento, entre las nubes,
sobre este país y nosotros,
y mueve su trenza delgada,
y algunas flores, y si subes,
dile a la Banda Oriental, que a otros
días y aires estuvo atada,
o ya en corona transformada.

RICARDO E. MOLINARI

(1951-52)

UNA IMPRENTA ARGENTINA EN LA CULTURA NACIONAL ⁽¹⁾

PERFIL DE UNA AMISTAD

EL 7 de octubre último se cumplieron veinticinco años de la muerte de Ricardo Güiraldes. Junto con él gestóse la aventura de *Proa*, afiláronse las armas de *Martín Fierro* y crecieron los hombres de *Florida* y de *Boedo*: Borges, Gironde, Norah, Molinari, Méndez, Marechal, Paco Luis Bernárdez, Rojas Paz, y muchos otros, que forman parte del movimiento de renovación estética que tuvo en el malogrado autor de *Don Segundo Sombra* el impulso inicial y, finalmente, el mito al que se acercaron, luego reverentes, para llevarlo, el 15 de noviembre de 1927, en caravana dolorosa, hasta su pago. Allí fué enterrado Ricardo Güiraldes, en el pequeño cementerio de San Antonio, cerca del río Areco, separado por unas paladas de tierra de su llanura y de su estancia "La Porteña". Esteta de elevada línea, escritor de vigorosa voz, el poeta de *El Cencerro de Cristal* gravitó en la cultura nacional de las tres primeras décadas del siglo hasta proyectarse en la actual como una corriente de inextinguible fuerza.

Empero, no es posible evocar a don Ricardo sin que brote clarísimo y emotivo, su encuentro con Francisco Colombo, el ya legendario impresor de San Antonio de Areco. En ocasión del aniversario de la muerte del primero, varios de los que fueron sus amigos y admiradores han contado, con lujo de detalles, este primer contacto de ambos. El poeta, que llega a San Antonio, desilusionado por el aparente fracaso de sus dos primeros libros, dispuesto a tirarlos a un pozo de "La Porteña", y el impresor lleno de sueños, recio, seco, adusto junto a la minerva modesta. No es posible evocar el triunfo inmediato de *Don Segundo Sombra*, sin rememorar aquellos días en que don Ricardo y don Francisco, inclinados ante las pruebas de *Rosaura* y de *Xamaica* comenzarían esa amistad que vería cristalizar la admirable obra del escritor y la consagrada labor gráfica del artífice de tantos libros de expresiva belleza.

La imprenta de don Francisco A. Colombo es hoy una reliquia del arte difícil y magnífico de la tipografía; pero reliquia no en un sentido de irremediable arqueología, puesto que aún trepidan las máquinas con la misma fuerza de entonces y la Casa, acogedora y cordial, sigue dando a la curiosidad pública obras cada vez más bellas, sino en el más alto sentido del vocablo, en todo lo que éste tiene de trascendente y de antiguo y permanente.

Nos cuenta uno de los hijos del viejo maestro, don Ismael B. Colombo, en su libro dedicado al poeta del *Cencerro de Cristal*⁽²⁾, hermosos pasajes de la vinculación de la imprenta con aquel gran señor de la literatura. Nos dice, por ejemplo, qué corta fué la tirada de *Xamaica* en 1923 y que habría sido de sólo mil ejemplares la primera edición de *Don Segundo Sombra* si el propio don Francisco, seguro del triunfo de la obra, no se hubiese hecho cargo del segundo millar venciendo el pesimismo del autor. Y nos dice también que el 1º de julio de 1926 se terminó la impresión de este clásico de nuestra literatura y que en paquetes de diez ejemplares salió el libro para la Capital Federal, con sus tapas ana-

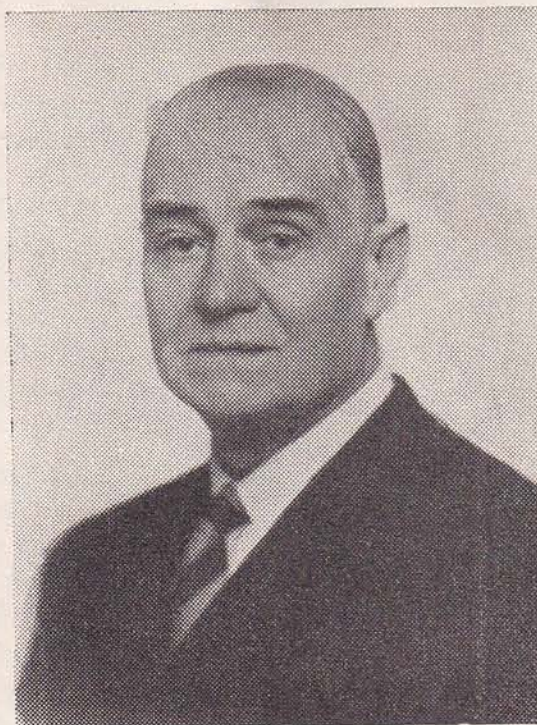
ranjado fuerte, en las cuales el signo combativo de *Proa* pondría un matiz auroral en los escaparates de las librerías.

EL CABALLERO IMPRESOR

Hechas sus armas con los doscientos ejemplares de *Rosaura* y con otros más de *Xamaica*; recibido el espaldarazo ennoblecedor con el libro fundamental de Güiraldes, la Imprenta Colombo entra en ese mundo tur-

(1) Adhesión y homenaje de la revista "EL 40" a los veinticinco años de la muerte de Ricardo Güiraldes y al cincuentenario de la fundación de la Imprenta Colombo.

(2) Ismael B. Colombo: *Ricardo Güiraldes, El poeta de la pampa*. Ed. Francisco Colombo, San Antonio de Areco, 1952. Premio de la Comisión de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.



bulento pero ancho y cordial de los *martínfierristas*. El primero de los amigos del poeta que entabla amistad con don Francisco Colombo es el doctor Eduardo J. Bullrich, gran espíritu y gran bibliófilo. Bullrich conoce a Colombo en la casa de Güiraldes de la calle Solís, mientras ayuda a su amigo en la corrección de las pruebas de página de *Don Segundo* y queda ligado al impresor. Desde entonces la Imprenta tira casi todas las obras con sello de la Sociedad de Bibliófilos de la Argentina, saliendo por lo tanto de sus máquinas quizás "los más hermosos libros que se hayan impreso en el país"⁽³⁾. La revista *Martín Fierro* ve también acercarse a don Francisco, llevado por Ricardo Güiraldes y Bullrich, y es desde entonces el "caballero impresor", miembro entusiasta, asiduo a los actos y concurrenente a todas las demostraciones del periódico.

Es a los hombres prominentes de la revista *Martín Fierro*, empeñada en renovarlo todo—según expresión de uno de sus más conspicuos miembros⁽⁴⁾— desde la literatura hasta las artes gráficas, que se debe la instalación de la imprenta de San Antonio de Areco en la Capital Federal. Este éxito del grupo literario fué la solución ideal en lo referente al nacimiento de los libros de esos poetas y escritores. Y así, nació la sucursal de la calle Hortiguera al quinientos y pico. En ella se tiraron los libros iniciales de Molinari, de J. Fijman, otros de Güiraldes, el primer libro de Macedonio Fernández, algunos de Borges, varios de los titulados *Cuadernos del Plata*, que dirigía Alfonso Reyes; el gracioso y fresco *Rumbo de la Rosa*, de Norah Lange, etcétera. Pero si la instalación de las principales actividades de la Imprenta en la Capital Federal se debió a las insistencias de los *martínfierristas*, justo es afirmar que todo lo demás corrió por cuenta y riesgo del impresor. Como manifestara más tarde Evar Méndez, "la actitud de los del *veintidós* fué en realidad un simple envión para que don Francisco empezara y luego prosiguiera por cuenta propia, y después, acumulando experiencia, oyendo sabios consejos de escritores, amateurs y de nuestros más calificados bibliófilos, el hábil, el dúctil, el honestísimo artesano nos diera, años tras año, durante quince⁽⁵⁾, cada vez mejores frutos".

Todos sabemos que un libro bien editado es señalado de inmediato por el más complicado bibliófilo. Adviértese en los tipos de letras, en las iniciales de los capítulos, en los márgenes equilibrados, en el armónico espaciado, en la justa distribución de la composición, en la intensidad pareja de las tintas usadas, en los títulos y hasta en la calidad del papel. Es a Francisco Colombo a quien le toca, como dijimos, el honor de iniciar

en el país las auténticas ediciones para el bibliófilo. En él revive aquel fervoroso trajinar de los impresores del Renacimiento. A él le toca seguir en la Argentina la línea de aquellos devotos maestros que se llamaron Aldo Manucio, en Venecia, Esteban Dolet, en París, y Brobenio en Basilea. Nacido en el año 1878 en la Capital Federal, en una casa de la calle Rivadavia, dando frente a la vieja plaza de Lorea, don Francisco hizo sus primeros estudios en San Antonio y los continuó en nuestra ciudad con la idea de recibirse de arquitecto. Sin embargo, estaba escrito que no levantaría casas sino que, tomado por los primeros síntomas de lo que sería su gran vocación, entraría a trabajar como aprendiz de tipógrafo en *La Prensita*, el primer *tabloid* que se tiró en Buenos Aires allá por el año 1892. Tras breve estada en el pueblo de Luján se instala definitivamente en San Antonio de Areco. Allí se casa e inaugura su taller de imprenta. Allí, en ese pueblo legendario, por el cual deben andar todavía, por las noches, junto a los sauces del Areco, las fantásticas figuras de Víctor Taboada, de Ramón Cisneros, de Pablo Hernández, de Nicasio Cano, de Julio Ramos y de Crisanto Núñez. San Antonio de Areco, viejo pago de domadores y trenzadores sin rival; villa arequeña fundada por los Ruiz de Arellano casi por los comienzos del año 1730; tierra de donde sale súbita la pampa con un múltiple ajetreo de tordos en la gran morera que se deshoja⁽⁶⁾. Allí, más acá del puente viejo, debe de haber sido testigo don Francisco del reencuentro de Ricardo con el pago y, al verlo llegar una tarde o una mañana luminosa con los originales de *Rosaura*, tiene que haber sentido que en aquel *paisanito delgado*, casi enjuto, moreno de color, de bombacha y sombrero campero de ala levantada, en ese Güiraldes esencialmente criollo, comenzaban a vivir los mejores impulsos de su vocación de artífice de la imprenta. Lo demás es historia para la literatura. Con Ricardo Güiraldes se inicia para Colombo el feliz período de sus grandes triunfos editoriales. El primer jalón de la serie comienza con la versión española de *La Correspondencia de Fradique Mendes*, de Eça de Queiroz, pero el pináculo de su triunfo se alcanza con la suntuosa y consagratoria edición del *Facundo*, en papel imperial de Japón, con agua-fuertes de Guido. A las grandes ediciones de la Casa pertenecen a más de esos dos libros mencionados las obras de Güiraldes: *Rosaura*, ya citada, impresa en 1922, en primera edi-

(3) Palabras de Ricardo E. Molinari: (*Francisco Colombo. Homenaje*. Buenos Aires, MCMXLII).

(4) Palabras de Evar Méndez (íd., íd.).

(5) Ibid. Ibid.

(6) De *Raucha*, por Ricardo Güiraldes.

ción de lujo, compuesta a mano en San Antonio de Areco, con una portada de Alberto Güiraldes. La tirada, de 94 págs., constó de doscientos ejemplares fuera de comercio, numerados del 1 al 200; el tamaño del volumen era de $26,2 \times 20,2$ cm. *Don Segundo Sombra*, de 1926, sobre papel de hilo Miliani de Fabriano, en ejemplares de 393 págs., numerados del I al XX, de $24,8 \times 17$ cms., de los cuales se imprimieron 30 ejemplares fuera de comercio. *Poemas Solitarios*, en 1928, en papel Romaní (150 ej.), numerados del I al CL, y 300 ejemplares numerados del 1 al 300, edición póstuma de Adelina del Carril de Güiraldes, con 32 págs., medidas 23×16 cm. *Poemas Místicos*, en 1928, en edición póstuma de Adelina del Carril de Güiraldes. De esta edición se tiraron 200 ejemplares sobre papel Antiquary numerado del 1 al 200; fuera de comercio imprimiéronse 100, numerados del I al C; cada volumen medía $27,5 \times 20,7$ cm. *Seis Relatos*, en 1929; 550 ejemplares distribuidos en la siguiente forma: para los miembros de la *Asociación Amigos del Arte*, treinta ejemplares reimpuestos en formato in 8º Grand Jesús, de los cuales diez sobre papel Holanda viejo de Guarro a la forma, numerados del I al X; diez sobre papel de puro hilo "vergé", del XI al XX, y diez sobre Velín marfil, del XXI al XXX. Cincuenta ejemplares reimpuestos con igual formato y sobre papel de Holanda viejo de Guarro, especialmente para el *Palacio del Libro*, de Buenos Aires, numerados del 1 al 50. Veinte ejemplares fuera de comercio, reimpuestos e impresos en diversos papeles fuera de comercio, marcados de la A a la Q. Cincuenta ejemplares de edición corriente in 16º, sobre papel de hilo, numerados del 51 al 100; y 450 ejemplares sobre papel pluma, numerados del 101 al 550. Lleva un poema de Alfonso Reyes y una fotografía de Ricardo Güiraldes. Es el primero de los *Cuadernos del Plata*, dirigidos por Alfonso Reyes. En ese mismo año, la Casa Colombo produce la primera obra de acabada perfección técnica salida de sus máquinas; se trata, como dijimos, de *La Correspondencia de Fradique Mendes*, de Eça de Queiroz. El celebrado y ya raro libro fué traducido al castellano por E. J. Bullrich, C. Gutiérrez Larreta, E. Laspiur y C. E. Llambí. La edición, encargada por las *Ediciones Cuatro Amigos*, constaba de 108 ejemplares en papel Holanda-Guarro, de los cuales 8, fuera de comercio, están marcados de A a G y los restantes, numerados del 1 al 100; el total de páginas llegó a las 361 y el tamaño de la edición fué de $25,3 \times 18$ centímetros. Al año siguiente, don Francisco volvió a sorprender con la aparición del *Martín Fierro*, de José Hernández. Esta magní-

fica edición de nuestro máximo libro gaucho fué preparada para la Asociación Amigos del Arte. Adolfo Bellocq compuso y grabó en quebracho largo de fibra las ilustraciones grandes y en peral de cabeza las viñetas e iniciales; Julio Noé cuidó el texto, y E. J. Bullrich ordenó la estructura y composición tipográfica. 100 ejemplares en papel Perusia de tina, fabricado especialmente para esta edición por la manufactura de Fabriano, que llevan la filigrana de la Asociación. De los 10 marcados de A a J llevan cada uno cinco bocetos originales del artista para la ilustración; 17 numerados del I al XVII llevan tres bocetos originales, y 73 van en papel especial, numerados del XVIII al XC y 300 ejemplares en papel especial de las mismas manufacturas, con idéntica filigrana, fabricado para esta tirada, numerados del 1 al 300; una vez impresos estos ejemplares se tiraron 2000 sin numerar, que constituyen la edición popular, en papel Tribunita. Todos los ejemplares de tirada de lujo están firmados por el impresor y el grabador. Las páginas fueron 483 y el tamaño de cada volumen $41,7 \times 29,2$ cms.

PRESENCIA DE RICARDO MOLINARI

Este año de 1930 ve entrar a los talleres de la Casa Colombo a la figura de uno de los poetas más originales y prestigiosos de los *martínfierristas*. Hemos nombrado a Ricardo E. Molinari. Podemos considerar al poeta de *Mundos de la Madrugada* como a la segunda gran influencia de los escritores argentinos en la tipografía y características de la imprenta de don Francisco. Molinari, silencioso, cetrino, con una magnífica cabeza digna del buril más exigente, muy poeta en su aspecto y en su vida cotidiana, imprime casi toda su obra en la casa Colombo. Su amistad se pasea risueña y nerviosa entre las minervas y los tipos, con ese aire entre ausente y fijado súbitamente a las cosas, algo triste y enfermo de poesía; sobresaltado de versos. Y aquí vemos, de nuevo, cómo, al igual que Güiraldes, que Bullrich y tantos más, la amistad de esa Casa es más fuerte que la rigidez y la frialdad de lo comercial, hasta hacerse cálidamente inolvidable. Molinari no dejará jamás de concurrir a esta imprenta que es, según su propia confesión, *donde dentro del tiempo gran número de horas de su vida más importante* transcurren, junto a Emilio, a Zampieri y a otros amigos que no ha de olvidar, estamos seguros, nunca. Molinari publica ese año de 1930 su *Panegírico de Nuestra Señora de Luján*, en 95 páginas, formato $24,5 \times 19$ cm., y a este libro entre otros siguen: en 1937, *Casida de la Bailarina*, treinta y tres ejemplares: cinco

en papel Whatman y veinticinco en papel Ingres, todos numerados y firmados y con un dibujo del gran poeta andaluz Federico García Lorca. *La muerte en la llanura*, el mismo año, con treinta y tres ejemplares numerados, impresos en Whatman, con aguafuerte de Rodolfo Castagna. *Cuaderno de la Madrugada*, en 1939. 20 ejemplares: cinco en papel Japón; diez en papel Montval, y cinco en papel Whatman, numerados del 1 al 20, todos con un dibujo coloreado de Alberto Morera. La edición tenía 14 págs. y un formato de $17 \times 11,3$ cms. *La Corona* el mismo año, con 200 ejemplares: ocho en papel Whatman, numerados del 1 al 8; diez y seis en papel Ingres Montgolfier, numerados del 9 al 24, y al igual que los anteriores, con una punta seca original de Alberto Morera, firmados por el autor; veinticinco ejemplares en Ingres, numerados del 25 al 50 y ciento cincuenta en papel pluma, numerados del 11 al 200. *Libro de las Soledades del Poniente*, también en 1939, con 200 ejemplares: ocho en papel Whatman, numerados del 1 al 8; diez y seis en papel Ingres Montgolfier, numerados del 9 al 24 y al igual que los otros con una punta seca original de Alberto Morera, firmados por el autor; veintiséis ejemplares en Ingres, numerados del 25 al 50, y ciento cincuenta en papel pluma numerados del 51 al 200. *Oda de Amor*, en 1940, con 33 ejemplares numerados: siete en papel Fabriano y veintiséis en papel Romaní, con un dibujo del poeta y pintor español don Rafael Alberti. *Odas a orillas de un viejo río*, en el mismo año, con 117 ejemplares: tres en papel de China, marcados de A a C; doce en papel Goat Skin, numerados del 1 al 12; dos en papel Fabriano del 13 al 14, y al igual que los anteriores, con aguafuerte en colores de Mané Bernardo; y cien ejemplares en papel Ingres numerados del 15 al 117. La edición alcanzó a las 68 págs. y tuvo un formato de 28×22 cm. *El Alejado*, en 1943. Con dos ejemplares en papel China y tres en Whatman, marcados de la A a la E, fuera de comercio, y veinticuatro ejemplares en papel Ingres Fabriano, numerados del 1 al 24, todos ellos con una punta seca de Raúl Veróni; y doscientos ejemplares en papel esparto, numerados del 25 al 224. Y *Esta Rosa Oscura del Aire*, en 1949, con cinco ejemplares en papel Fabriano Magnani y quince en Ingres Fabriano, numerados del I al XX con un dibujo coloreado de Alberto Morera; y quinientos cuarenta en papel holandés, numerados del 21 al 560.

LAS GRANDES EDICIONES

Igualmente, merecen mención el *Santos Vega*, de Rafael Obligado, con litografías de

Alfredo Guido, con todos los ejemplares firmados por el ilustrador y los editores, Ed. Viau y Zona, en 66 págs. y con un formato de $27,8 \times 22,3$ cms., impreso en el año 1932. La edición del *Fausto* de Estanislao del Campo para la Asociación de Amigos del Arte, con litografías de Héctor Basaldúa. Impreso el mismo año, cuidado por Julio Noé y ordenado en la estructura y composición por E. J. Bullrich, con un tamaño de $30,2$ por $21,5$ cms. *La Canción del Barrio*, de Evaristo Carriego, en 1933; otro de los éxitos de Colombo. El libro lleva ilustraciones a punta seca debidas a Enrique F. Chelo, compuestas y grabadas por el artista en las prensas a mano de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación, editado para Viau y Zona, con 55 págs. y un formato de $27,6$ por $19,2$ cms. Así llegamos al año 1934, época en la que don Francisco obtiene el éxito consagratorio y definitivo con la impresión del *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento. Esta obra fué el primer libro editado por la Sociedad de Bibliófilos de la Argentina, bajo la dirección de E. J. Bullrich y Carlos M. Mayer. Fué ilustrado por Alfredo Guido, quien grabó las aguafuertes y 50 series de las mismas en papel Alton Mill para los socios de la entidad. El texto fué establecido sobre la edición de New York de 1870, con las correcciones señaladas por Alberto Palcos. 95 ejemplares, numerados del 1 al 95, cinco ejemplares de obsequio que llevan las letras A a D y cinco de colaboradores, que llevan las letras E a I. Todos impresos en papel Japón de las manufacturas imperiales. El total de págs. fué de 310 y el formato $27,6 \times 21,7$.

El 1936, y en oportunidad de un homenaje a Güiraldes, se publicó en Colombo *El Libro Bravo*, del autor del *Cencerro de Cristal*, con prólogo de Adelina del Carril, con todos los ejemplares —700— fuera de comercio.

En 1937, la Casa Colombo recibe los originales del célebre libro de Norah Lange, *Cuadernos de Infancia*. Se tiran del mismo 725 ejemplares: 22 en papel Hammermill con la firma de la autora, tres fuera de comercio en el mismo papel. De los setecientos restantes, cien quedaron fuera de comercio. Esta obra característica de la prosa martinfierrista llegó a las 292 págs. y tuvo un formato de $23,5 \times 15,5$ cms. Con *Interlunio*, de Oliverio Girondo, poeta del grupo *Proa* y *Martín Fierro*, también tuvo buen suceso don Francisco. Destacamos de este libro las once aguafuertes de Lino Spilimbergo y una serie de éstas firmadas por el artista, y cuatro ejemplares idénticos a los anteriores, tres de los cuales llevan la firma del autor y el

otro, destinado a éste, una carpeta adjunta con los dibujos originales del artista y un estuche con las once planchas de cobre utilizadas en la tirada.

En el año 1938, la Imprenta, ya consagrada y con el prestigio sólidamente asentado entre impresores argentinos y extranjeros, da los *Romances del Río Seco*, de Leopoldo Lugones, impreso para la Sociedad de Bibliófilos de la Argentina, bajo la dirección de Bullrich y Mayer; y *Por Donde Corre el Zonda*, de Juan Pablo Echagüe, con aguafuertes de Raúl Veroni, grabados e impresos en las prensas a mano de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación, con 80 páginas, en papel Pergament. En 1939 publica en edición para "Convivio" (Cursos de Cultura Católica), *Xilografías de Juan Antonio*, en papel hilo para 30 ejemplares numerados y en papel holandés para el resto de la edición (360-, con un total de 191 págs. y un formato de $24,4 \times 18,2$) y el libro del poeta Leopoldo Marechal, titulado *Ascenso y Descenso del Alma por la Belleza*, con 120 páginas, en formato 21×15 cms., con 730 ejemplares, de los cuales 80 impresos en papel Croxley numerados. La edición fué de *Sol y Luna*.

Del año 1940 destacamos *De los Sauces*, de Rafael Alberti, con un grabado a punta seca de María Carmen Portela; y *La Estrofa Grande*, de Gabriele D'Annunzio, con versión de Jorge M. Furt e ilustraciones de Orlando Paladino. Cada ejemplar lleva, desglosado del fascículo, dos aguafuertes de Raúl Veroni. 47 págs., formato $38,4 \times 27,4$.

En 1942, 1943, 1944 y 1945, la Casa Colombo nos entrega magníficas ediciones de San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual* (1942); *Tres Poetas Medievales Portugueses* (Martín Codax, Pay Gomes Carinho y Joan Zorro (1942); *Tres Recuerdos del Cielo*, de Rafael Alberti (1943); *Salomé*, de Oscar Wilde, y *Choix de Poèmes*, de Jules Supervielle (1944), edición ésta de homenaje, y el segundo libro que sale bajo el sello prestigioso ya de la Sociedad de Bibliófilos: *El Matadero*, de Esteban Echeverría. Este volumen tuvo carácter de homenaje a la memoria del doctor Abel Chaneton, bajo cuya dirección empezó a imprimirse, terminándose conforme a las instrucciones y plan que él adoptara, Wladimiro Melgarejo Muñoz, el gran artista, grabó y coloreó a mano las aguafuertes. El texto se estableció sobre la edición de las obras completas y de la *Revista del Río de la Plata*. Todos los ejemplares se hi-

cieron en papel Charter Eggshell, en 81 páginas y formato $30,4 \times 23,5$. En 1945, destacamos la cuidada edición de *Dos Poemas* (L'Ippocampo y L'Onda) de Gabriel D'Annunzio, en papel Satsuki para uno sin numerar, papel Ingres para 24 designados de a a w. Raúl Veroni compuso el aguafuerte y el aguatinata de los grabados y los tiró en prensa de mano de María Carmen Portela. La traducción fué debida a Tulio Carella, y Basilio Uribe —poeta que ha sido ubicado en el 40— indicó la tipografía. 42 págs., formato $29,3 \times 19,5$ cms.

En 1946, *La Guerra Gaucha*, del gran Lugones, fué impresa para Peuser con el asesoramiento de Sergio Chiappori y con litografía de Alfredo Guido. El volumen, de 296 págs. y formato 25×18 cms., consta de 200 ejemplares en papel Guarro, a saber: 1 ejemplar único N° 1, que contiene 20 dibujos originales y una serie de 35 litografías; 20 ejemplares con un dibujo original y una serie de 35 litografías, numerados del 2 al 21; 119 ejemplares con una serie de 35 litografías, numerados del 22 al 190, y 10 ejemplares fuera de comercio con una serie de 35 litografías, marcados de A a J. Además, 3000 ejemplares en papel cremado. En 1947, la Casa dió *Diálogo de las Sombras*, del escritor Emilio Becher, impreso para la Sociedad de Bibliófilos de la Argentina. En este hermoso volumen se incluyen el "Soneto Votivo", de Leopoldo Lugones; un artículo sobre Becher, de Alberto Gerchunoff, y una semblanza del malogrado autor escrita por Joaquín de Vedia. Tiene 81 págs. y un formato de $24,3 \times 17$ cms. Se tiraron 100 ejemplares, todos en papel Perusia de Fabriano, de los cuales cinco son de obsequio y tres para colaboradores.

En ese mismo año se inicia una serie de carpetas por encargo de la Municipalidad de la Capital Federal. La primera, titulada *Parques y Jardines* (1947), con litografías originales de Alfredo Guido, mide $39,7 \times 28,6$ centímetros y ha sido hecha en papel Whatman (8 ejemplares) y en papel Pergament (1000 ejemplares); la segunda, del mismo año, se designó con el título de *Lugares y Recuerdos*, con litografías originales de Rodolfo Castagna, en igual papel, tiraje y formato que la anterior; la tercera dióse a la imprenta en 1948 y se denomina *Caminantes y Pregoneros*, con litografías de José Bonomi, en papel Fabriano (8) y Pergament el resto (1000 ejemplares). formato $39,2 \times 27,9$; la siguiente, del mismo año, *Niños y Juegos*,

lleva litografías originales de Hemilce M. Saforcada, con igual papel y tiraje de la anterior y formato $39,4 \times 28$ cms.; la quinta de la serie apareció en 1949 y se tituló *El Barrio de Flores*, con litografías de Héctor Basaldúa, con el mismo papel y tiraje anterior y formato $39,5 \times 28,4$ cms. Esta hermosa y evocativa serie de los panoramas y sitios porteños se cerró en el año últimamente citado con dos carpetas: una, titulada *el Barrio de Belgrano*, de Juan Antonio, con el tiraje y el papel de las anteriores y formato $39,5 \times 28,3$; y la segunda denominada *Carnaval*, con litografías originales de Enrique Larrañaga $39,4$ por $28,2$ cm. Además, la Municipalidad de la Ciudad de Bs. As., había encargado a la Imprenta de D. Francisco A. Colombo, la impresión de *Juana de Arco en la Hoguera*, del gran poeta francés Paul Claudel, con texto y versión castellana, con grabados. La traducción, prólogo y notas se deben al profesor Angel J. Battistessa. Se tiraron 50 ejemplares en papel Fabriano numerados y 400 en papel Pergament, numerados, todos ellos fuera de comercio, y 1000 en papel Nacional, sin numerar. Las páginas del volumen fueron 248 y el formato $23,5 \times 16,3$.

En el año 1949 se publicó *Homenaje del Pago de Areco*. Este volumen contiene el poema "Mi Hospitalidad", de Ricardo Güiraldes, que forma parte del *Libro Bravo*, cuyo manuscrito inédito cedió doña Adelina del Carril de Güiraldes a don Francisco Colombo en oportunidad de un homenaje póstumo que se le tributara al poeta en San Antonio de Areco el 6 de diciembre de 1936. El opúsculo fué mandado componer por el IV Congreso Histórico Municipal para ser distribuido entre los delegados al rendírsele homenaje a Güiraldes en el pago de Areco. La edición, fuera de comercio, constaba de 505 ejemplares, en papel Soft, de $32,6 \times 24,3$ centímetros. *L'Antico Amor*, el inmortal libro de Giacomo Leopardi, se imprimió en las prensas de Colombo en 1951 en edición bilingüe. Traducción de Basilio Uribe, aguafuertes de Raúl Veroni. Constó de 82 ejemplares, 59 págs. y formato $24,9 \times 15$ cms.

En el año en curso y bajo la dirección de Osvaldo Colombo se da la primera edición de *El Pájaro Blanco*, poema de Ricardo Güiraldes escrito en 1924 y dedicado en original a su primer impresor. La cuidada impresión del volumen fué tirada en forma limitada y fuera de comercio con motivo de cumplirse los cincuenta años de establecida y del XXV aniversario de la muerte del autor de *Don*

Segundo. 300 ejemplares numerados del 1 al 300 en papel Hammermill y 200 en papel Polar sin numerar tuvieron un formato de $20,2 \times 13,2$. Un hermoso volumen de Armando Sica, titulado *Viajes por las Américas*, con aguafuertes del autor, quien hizo su tirada en papel Pergament con la colaboración de Carlos Alberto Miranda en las prensas a mano de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación, y del que se tiraron 500 ejemplares en papel Holanda y 50 fuera de comercio; y un libro de Jorge M. Furt, titulado *Coral, ese mundo lejano...*, con grabados de Alberto Nicasio, 6 ejemplares en papel Whatman; 12 en Ingres Fabriano y 100 en Holanda, con 60 págs. y un formato de $26,5 \times 24$ cms., fueron los más destacados títulos, por su calidad tipográfica general, impresos en el año en curso.

REVISTAS Y EXPOSICIONES

La revista literaria, ese vehículo importante de comunicación, cuya vida, muchas veces efímera, deja siempre profundas y a veces decisivas huellas en la cultura, tuvo en Colombo franco y constante apoyo. Desde aquella casi cincuentenaria *La Aurora*, editada en San Antonio de Areco y dirigida por Montero Salas hasta la nuestra, recientísima, el desfile fué incesante y siempre calificado. En 1930 Córdova Iturburu, poeta y crítico, imprimió en la calle Hortiguera su *Argentina*, y en 1931 Victoria Ocampo entregó los originales de *SUR*, editándola hasta 1934. Manuel José de Llanos dió el año precitado con ese pie de imprenta su *Revista Bibliográfica*, al igual que *Destiempo* Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges en 1936. *Oeste*, volante de poesía, dirigido por el poeta Nicolás Cócaro, comenzó también su vida ciudadana en lo de don Francisco y en sus planas se imprime en la actualidad. Innumerables son también las publicaciones de menor cuantía, igualmente meritorios, que vieron la luz en esta imprenta, cuya mención escapa desgraciadamente a la índole de este trabajo.

Corroborando todo lo expuesto acerca de los merecimientos de esta imprenta criolla y como una reafirmación del prestigio adquirido, debemos dejar constancia, para cuando se haga más extensamente la historia de la *Casa*, los éxitos de las ediciones Colombo en grandes exposiciones europeas. Las del *Libro Argentino*, en París, Roma y Bruselas en 1938, exhibieron en sus *stands* volúme-

nes trabajados lujosamente por el gran impresor del *Martín Fierro* y de *Facundo*, asombrando a Giovanni Papini y a Paul Valéry la pericia del artífice.

Este año que termina vió una de las más hermosas exposiciones de la Casa Colombo en Buenos Aires. En oportunidad del cincuentenario de su fundación, la imprenta reunió en extraordinario haz grandes clásicos de la literatura y volúmenes de firmas renombradas junto con la distinción de los formatos y la riqueza de la artesanía.

Por otra parte, es grato recordar que los escritores de nuestra generación han visto impresos muchos de sus libros en la casa Colombo. Podemos citar a Daniel Devoto, Hipólito J. Paz, Miguel Angel Gómez, Horacio Jorge Becco, Horacio Esteban Ratti, Basilio Uribe, Nicolás Cócaro, Eduardo A. Jonquieres, José Eduardo Seri, Carlos Alberto Alvarez, César Rosales, Alfonso Sola González, Miguel D. Etchebarne, J. C. Ghiano, Enrique Wernicke, Juan Enrique Acuña, Roberto Paine, etc.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de una de las imprentas argentinas que más fecundas huellas ha impreso en la vida cultural de la Nación. Prueba de este aserto es que el nombre de la *Editorial Proa* como el de muchos devotos de la tipografía no pueden apartarse ni disociarse del de don Francisco A. Colombo, *cuya honestidad espiritual y amor al oficio permiten considerarlo como un continuador de los maestros artesanos de la imprenta*⁽⁷⁾.

En la actualidad, don Francisco vive retirado, en San Antonio de Areco, lejos del ruido de las planas y del trajín urgente del taller de la capital. Ya no empuña el *cícero* "como si fuera un mate"⁽⁸⁾ y quizás no puede —tantos son sus achaques actua-

les— rememorar sus éxitos de comité y sus elucubraciones periodísticas en aquellos pagos tan criollos⁽⁹⁾; pero quizá, *mientras parece acomodarse el invisible poncho, reconstruya en cambio bochincheras riñas de gallos* —él que fué tan manso y bueno— y piense, como entre nieblas, en que ahora es Osvaldo *quien diagnostica* las taras del Guarro o del Hammermill, mientras Emilio *acaricia los rodillos de su máquina plana*, como si fuera un parejero, y Zampieri, con sus treinta años de imprenta cargados en sus robustas espaldas, vigila el taller, recorre los plomos, ordena los trabajos, anda en todo como antes, como siempre, fiel, digno de la Casa, con una mayúscula bien grande como su entereza de gaucho.

Nuestra revista *EL 40*, debe también mucho a esta Imprenta criolla, arrancada de los bordes del Areco para empotrarse para siempre en un costado de la sombreada calle Horiguera. No hemos tenido el honor de conocer a don Francisco, pero sentimos por él el mismo afecto sincero que profesamos a Osvaldo, porque en Osvaldo se continúa naturalmente, sin alharacas, la hidalga y recta conducta de don Francisco. No olvidamos que un día entramos por los portones, que se abren al patio de trabajo, casi sin conocerlo, con los originales de la revista bajo el brazo y que él, desde la *irradiante, pachorienta y hereditaria eficacia de su escritorio nos morigeró al mínimo esos cálculos, que, por su benignidad, jamás han de adquirir categoría de hepáticos*⁽⁹⁾.

(7) Palabras de E. J. Bullrich (Francisco Colombo. Homenaje. Buenos Aires. MCMXLII.)

(8) Dirigió *El Mentor* de 1923 a 1929. (San Antonio de Areco.)

(9) Del discurso de Norah Lange (ed. Francisco Colombo. Homenaje. Bs. As. MCMXLII).

MARTÍN ALBERTO BONEO

Aquí Estarán

Aquí estarán las piedras que pisé, aquí el olvido
que agradecí con tardes lentamente adoradas.
Esa será mi sombra, o un espejo perdido.
Estas son nuestras lágrimas lloradas.

Aquí crucé el secreto reino que una glicina
con sus lámparas quietas ennoblece y clausura.
Aquí estarán tus días, tus rostros, una esquina
con un ángel de espaldas y una guirnalda oscura.

Serán estos senderos, estas alegrías
las que me desconozcan si vuelvo y no te nombro.
Junto aquel sauce pródigo de noches y de días
descansarán mis almas y el polvo de mi hombro.

Bajo estas hojas quietas que el otoño ha reunido
los pasos son los tuyos y los míos de entonces.
Regreso con los ojos llenos del bien perdido.
Miro los eucaliptos, la sombra de los bronce,

y piso un polvo antiguo, cementerio de pasos,
alfombra innumerable de los viejos amantes.
Y sobre mi memoria descenden los ocasos
y las nubes de antes.

No queda ya del lento parque que conocimos
nada más que este libro de pasos en la sombra
y un traje azul sin nadie... Y lo que te quisimos
y alguien que estaba entonces, y alguien que no me nombra.

ALFONSO SOLA GONZÁLEZ

El Niño

¿Cuándo me dije *rosa* por primera
vez, de cordial fulgor maravillado;
cuándo *lucero* y *agua* y *primavera*,
cuándo *canción* y *amor*, sólo asombrado?

Si desperté, lo hice ¿en qué pradera?
¿qué paraíso abandoné, callado?
¿Cuándo se fué mi hada compañera?
¿qué viento azul pasó por mi costado?

Ahora tan sólo soy paso y camino,
hogar de ausencias, corazón maduro;
me encorvo —mies dorada— hacia el destino;

y sin embargo a veces va gozoso
por mi penumbra un niño casto y puro...
Y aún se inclina hacia el sueño, silencioso.

MARIO BINETTI

Poetas Uruguayos

Especial para EL 40

Incluimos a continuación tres valores de la actual lírica uruguaya. Ellos son, Sara de Ibáñez, Juvenal Ortiz Saralegui y Dora Isella Russell. Cualquiera de ellos representa acabadamente la continuación de voces insignes de la poesía oriental, que desembocaron en la ilustre trilogía Herrera y Reissig-Agustini-Faz Ferreira, en la bella expresión de canto de Juana de Ibarbourou y en poetas de la talla de Silva Valdez, Fernández Ríos, Frugoni, Delgado, Vasseur, Pereda Valdés, Basso Maglio Ipuche, etc.

Sara de Ibáñez es ampliamente conocida. Su obra, desde *Canto* (1940) y *Hora ciega* (1943), ha recibido en América la consagración que se merece por su atmósfera alta y pura, de líneas resplandecientes, en las que una fuerza de femenina delicadeza muestra calidad duradera en versos de arrebatado y sometido fervor.

Juvenal Ortiz Saralegui es, junto con Julio J. Casal, la levedad, la ternura y la sutileza poéticas mejor logradas dentre del tono varonil. Con *Las dos niñas* y últimamente con *Retratos y cartas de la montaña* (1952) nos dió una fórmula y un procedimiento que, si se resuelven por las vías clásicas, nos acercan metáforas de un armonioso modernismo, depurado en una voz de auténtica gracia lírica.

Dora Isella Russell constituye la revelación de un tono poético genuino, diciendo las vivencias de un mundo personal límpido, emotivo y hondo, dentro de la línea de la mejor poesía.

Los tres, con tendencias y gustos distintos, convergen a un polo común, en el cual la gracia, la fuerza, la técnica depurada y un acendrado ahincar en las mismas raíces espirituales, se hermanan sin discriminación de estéticas.

M. A. B.

TIEMPO I

Poema IV

La sonrisa que adiestra al viento lacio
con derramadas curvas de amapola
acrece flor a flor mi tierno espacio.

Brinca en mi sangre su olorosa ola
y al círculo bullente me encadena
el cuajado ademán de la corola.

Muerto hacia atrás qué fresca luz me viste
el torso puro que la fuente estrena.
Nacen conmigo el álamo y la arena.
Un orto de la espuma nos asiste.

Con memoria de hierba toco el río
mientras late en mi tímida osamenta
el seminario cruel con verde brío.

Y un silbo de calandria me sustenta
al borde, al frágil borde en que sonrío.

SARA DE IBÁÑEZ

Si Amando Me Aprisiono y Me Libero

Si amando me aprisiono y me libero,
y en dos mitades angustiado vivo;
si en boscajes del aire ya cautivo,
amor me dona su vivac entero.

Si todo arriesgo y bienestar esquivo,
y desde el fondo como un río muero;
si de su cuerpo y alma prisionero,
los seculares leños siempre avivo.

De cárcel tan hermosa, el sufrimiento
evadirse no quiere ni un segundo;
las alas corto por temor del viento...

Y el bosque en que me pliego, condenado,
en la raíz del árbol más profundo,
sujetará este fuego devorado.

JUVENAL ORTIZ SARALEGUI

Soneto Amargo

Amaneció a mi rostro un verde cielo
donde la luz se signa cruel y pura,
en una soledad exacta y dura,
ocre penumbra y yerto desconsuelo.

Me dió mi sangre la prisión y el vuelo,
un esplendor furtivo de aventura
y la raíz vital, agria y oscura
que fermenta el destino de mi duelo.

Desmemoriado valle en que recrea
mi fiebre antigua su verdad sin suerte;
fragua donde algún ángel me golpea

este nocturno corazón inerte,
ya mi pecho ni ama ni desea,
porque voy caminando hacia la muerte.

DORA ISELLA RUSSELL

LIBROS

OLEAJE, por *Dora Isella Russell*. Segunda ed. Montevideo. Con un prólogo de Ventura García Calderón y un epílogo por Juana de Ibarbourou aparece esta segunda edición, que tiene carácter de homenaje a Dora Isella Russell, la excelente lírica uruguaya. *Oleaje* pertenece, indudablemente, a la categoría de las obras logradas; todo en ella lo indica: desde el lenguaje, bien ajustado y rotundo, hasta el clima poético, de redonda autenticidad. Sonetos, poemas en verso libre, epístolas de tono clásico y soltura moderna; distintas formas retóricas pero una sola inquietud que hincia, con fuerza de raíz, su angustia metafísica en los grandes problemas del hombre, su condición humana, su tránsito mortal, su sed inconforme. En *Oleaje*, y en especial en los sonetos —donde Dora Isella Russell se nos muestra acabadamente artífice— la autora se empina a una posición de privilegio dentro de la lírica americana. Como bien lo dice Ventura García Calderón, en Dora Isella Russell el canto angustioso no tiene nombre de varón, como en María Eugenia Vaz Ferreyra, como en Delmira Agustini. Su mística comunión con la poesía es propia de nuestros tiempos duros. Tiempo cruel e indiferente hacia el que abren sus ojos las poéticas juventudes

actuales, con olor a pólvora y crepitar de incendio. No conocemos sus anteriores producciones, que ella anota en el libro que comentamos, pero se nos antoja que Dora Isella Russell, como todo poeta que se precia, sigue, sin proponérselo, una línea de clara ascensión y que *Oleaje* debe ser su obra culminante. Por su estética, por su posición filosófica, por su nostálgica voz, la autora está en *nuestra* línea, en la del *cuarenta*. Interesante será que alguna vez los críticos actuales se ocupen de toda la poesía americana —latina y sajona— escrita después de 1940. No dudamos que han de llegar, en muchos aspectos, a iguales conclusiones con respecto a la *situación* de casi todos los valores modernísimos y a su idéntico enfoque de lo que actualmente se considera poético. Dora Isella Russell es uno de esos valores.

MUNDO DE MILAGRO, por Mario Binetti. Ed. del autor. Buenos Aires, 1952. Desde la *Sombra Buena* (1941), que mereció un prólogo de Roberto Gius-ti, hasta el libro que anunciamos, Bi-netti ha trabajado silenciosa pero efectivamente. Premio Municipal de 1946 por *La Lumbre Dormida* y Premio de Poe-sía del Consejo del Escritor en 1950, por *La Paz Adorable*, el poeta ha sido lau-reado con justicia. Su nuevo libro rati-fica anteriores cualidades y nos ofrece, en la variedad de metros, de moldes y de temas, la amplitud de su temática abier-ta a las manifestaciones de un espíritu cultivado en la asiduidad de las buenas lecturas.

DESENLACE DE ENDIMION, por Vi-cente Barbieri. Ed. Botella al Mar, Bue-nos Aires. El autor de este libro auto-biográfico es el feliz escritor de *El Río Distante*, obra en la que también la me-moriosa voluntad de devolver la in-fancia a los ojos del hombre, tiene cabal expresión y sentido artísticos. Y es el lí-rico de cuatro o cinco libros de poemas de perdurable vitalidad, de los que pre-ferimos —personalmente— *Fábula del Co-razón* y *Número Impar*. Y, además, quien con mejores títulos ostenta la primacía dentro de la promoción del 40. En *Des-enlace de Endimión* Barbieri confirma los conceptos enunciados precedentemen-te. La obra, densa, poblada de imágenes felices, de intuiciones y tanteos metafísi-cos, signada constantemente por sucesos en los que la vida del propio autor se refleja con conmovedora insistencia, tie-ne en sí la fuerza suficiente para perdu-rar. Al recorrer sus capítulos contempla-mos los planos en que se despliega la vigilia y el sueño, desbordando por un cauce vital que termina por cubrir los huecos y las cicatrices de los días y los sollozos, y dejar sus señas como pendones

condenados a diluirse entre recuerdos irreparables. La riqueza de recursos con que Barbieri procede a resolver las difi-cultades, y los medios de expresión y la forma de que se vale para explorar ese inmenso mar del subconsciente, que se muestra con exactas premoniciones en el monólogo interior que es, en resumen, esta obra, nos están dando la medida exacta de su valer como escritor y como poeta, y esto es suficiente para nosotros. Por lo demás, Barbieri no precisa del báculo literario para andar con soltura por esta novela de aguda introspección, en la que se extraen conclusiones acerta-das y extremadamente sutiles de lo que es la infancia y sus vinculaciones con lo poético, con habilidad y maestría que señalan a este libro como uno de los más notables y logrados de los últimos años de nuestra literatura.

LOS MAS GRANDES POETAS IN-GLESES, por Mariano de Vedia y Mitre. Ed. Guillermo Kraft Ltda. Buenos Aires, 1952. Volumen de 517 páginas. Un im-portante trabajo ha efectuado de Vedia y Mitre en este libro, pulcramente pre-sentado por Kraft. El autor, uno de los más distinguidos maestros en la materia, ha dividido el tiempo poético inglés en ciclos, a la cabeza de los cuales ha colo-cado a un gran lírico, cuyo estudio inte-gral, biografía y traducción de poemas característicos ha intentado y realizado con notorio éxito. Los poetas que pre-senta son: en el siglo XIV, por supuesto, Chaucer; en el siguiente, al que consi-dera, con justa razón, *un siglo en blanco*, no hace referencias a los poetas menores, ya que el libro no es una historia lite-raria; en el siglo XVI, previo esbozo de Surrey, a quien califica de *precursor* de la poética de Shakespeare, presenta a éste en uno de los capítulos más valiosos y completos; luego siguen, en el XVII, Mil-

ton; en el XVIII, Pope; en el XIX, Shelley, y en el actual, Elliot. La obra contiene traducciones de mérito; tales los sonetos de Shakespeare; el *Himno a la Natividad* y *Lycidas*, de Milton; *The rape of the lock*, de Pope; *La nube*, de Shelley, y hermosos fragmentos de las mejores composiciones de Elliot. Libro de ajustada concepción, *Los más grandes poetas ingleses*, se lee con interés; la ubicación de cada poeta en su época; los aportes para un mejor conocimiento de la literatura inglesa; la excelente labor de traducción y exégesis de los poemas incluidos, todo ello, añadido al notorio dominio de que hace gala el autor al enfocar a poetas de gran talla y a la elegancia y fluidez de la obra, son motivos más que suficientes para aplaudirlo, sin reservas, por su esfuerzo, que incorpora a la bibliografía nacional un trabajo valioso para el estudiante y para el profesor y para aquellos que deseen profundizar en tan interesante literatura.

MARTÍN ALBERTO BONEO

SIERVA CELESTE, por *Elena Duncan*. E. Provincia de Buenos Aires. Preferencia de profundidad que es meditación y recogimiento, unción mística, verdad confirmada por un amor creador y protegido milagro del canto recatado, a veces tímido, pero siempre auténtico y sincero, es lo que ofrece la lectura de este libro de Elena Duncan, donde la poesía dimana de una conmovida presencia interior de belleza.

Analizándolo con sobriedad, observamos un disloque entre la unidad interior del libro y la exterior, y no sorprende comprobar que esta espontánea y quizá consciente perfección poética haría suponer lirismo puro y metáfora reiterada allí, precisamente donde se esconde y se escamotea por juego verbal de estética subjetiva, la raíz fluyente de hondas proposiciones poéticas. Nos preguntamos con simpatía, si la autora no se retrae por recato al influjo de la palabra y la suaviza en una elección pudorosa de su intimidad. Si el temor a la profanación interior o a la propia infidelidad anímica la lleva a ser medida en sus concepciones. Terminamos el libro, página a página, reconociendo esa lucha como una permanente manifestación de vida y de poesía comprobando hasta dónde el límite de la muerte provoca la extendida herida de ansiedad, dolor, felicidad, an-

gustia, melancolía, que asoma en cada poema y tocando la mezclada unidad del cielo y la tierra en un enlace universal de temas que Elena Duncan aborda con la hermosa condición creadora de su cabal maduración poética.

Este libro obtuvo el premio-edición de Poesía en el concurso de autores noveles que realizara el Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires en el año 1951.

Lleva además unos hermosos dibujos de Pedro Olmos. Ha sido publicado en una muy cuidada edición de gusto impecable.

FABULA DEL NIÑO EN EL HOMBRE, por *Fryda Schultz de Mantovani*. Editorial Sudamericana. Los que venimos observando años atrás la voluntad creadora de Fryda Schultz de Montovani abrimos este nuevo libro de la autora *Fábula del niño en el hombre*, ya seguros de su dignidad y contenido literario.

A primera vista y desprevenidamente se puede suponer en los seis ensayos que completan esta obra, una labor feliz de orientación segura en el concepto y definida en su realización. Labor lograda por escritor que conoce el oficio y discurre con clara inteligencia sobre Goethe, Hudson, Andersen, Giambattista, Basile, Unamuno y Martí. Pero, en el fondo, una gracia personalísima, una densidad más abstracta y unida, nos inicia en un credo moral de significación psicológica, de donde se saca la trama primigenia de una cultura sin azar, un lenguaje sin improvisación y, sobre todo, una agobiada trascendencia intencional en cada uno de los temas, por dar la médula de un pensamiento vivo cuya fuerza produce lo más decantado y permanente de estas páginas.

DORA DE BONEO

AVISO

Debido a la falta de espacio, las fichas bibliográficas, colaboraciones y críticas remitidas por los poetas del "40", aparecerán oportunamente.

REVALIDACIONES

LA SOLEDAD POBLADA, por Juan Ferreyra Basso. 1942. He aquí un libro que nos dió la medida exacta de un poeta cabal. En *La Soledad Poblada* hay un mundo poético que se resuelve y se inaugura entre elementos difíciles de conciliar y que sin embargo Ferreyra Basso ha unido con destreza, hasta darnos soluciones para la poesía honda sin dejar de manejar en ningún momento eso lindero con lo doméstico que cabe en líneas cotidianas. Lo imprevisto está en los sonetos de *La Soledad Poblada* sin afán de sorprender, naturalmente. Esta característica metafórica es tal vez lo más remarkable en Ferreyra Basso; después, a la vuelta de otros libros se ha de acender, se habrá de aguzar en altura y en profundidad, técnicamente su imagen poética se apoyará más en lo literario, en el *oficio* poético, pero lo imprevisto estará siempre puro, de primera intención. Es que Ferreyra Basso tiene el secreto de encontrar, sin proponérselo, ese punto sutilísimo de unión entre lo sorprendente y lo lógico que genera a la alegoría. Dentro de una línea de un suave altruismo, ya en *La Soledad Poblada* vemos cómo el poeta se deja llevar hacia el neorromanticismo y cómo, dentro de él, su propio problema humano toma contornos universales. *La Soledad Poblada* es un canto nostálgico del hombre sumido en su propio problema y que sin embargo sabe poblarse de todo aquello por lo cual se vive y se muere. Es así como cumple el poeta en este libro su ciclo doméstico —el padre, la casa, la mujer, el niño, los elementos naturales— y lo cierra entre presentimientos y relámpagos por los cuales se demora contemplando su propio yo, su retrato cabisbajo, cuyo símil es el admirable soneto 5, clave del libro y portal de liberación hacia el campo que cantará después con ancho pulmón y alta voz.

MARTÍN ALBERTO BONEO

DESPUES DEL OLVIDO, de César Rosales. Buenos Aires, 1945. El autor es otra de las figuras de preeminencia en la promoción del 40. Y nos permite plantear uno de los problemas más agudos en ella —sino fuera la gran cuestión de la poesía de todos los tiempos...—: hasta qué punto un arte como el de Rosales y otros autores de la generación es solamente eso: "arte", y hasta qué

punto es "poesía", en el sentido trascendente, no literario. Sin duda que la esencial característica de *Después del Olvido* es la de la elegancia, la de la sonoridad, la del lenguaje utilizado, como sintaxis, como elección de términos, como énfasis. Sino existiera un elemento "humano", una "vivencia" o "experiencia" que respaldara tal medio de expresión, sin duda estaríamos en la pura retórica. Es necesario advertir ya que en el caso de Rosales ese respaldo existe. Lo da el paisaje, su habitante, su mundo de acciones, costumbres, enseres y vestimentas. Es el Sur; su reino de médanos y desiertos. Pero como todo eso aparece sublimado, aludido líricamente, no es mundo que pueda cautivar desde el punto de vista de lo pintoresco o de lo documental. Cautiva —y esto es lo poético— en su "grandeza", porque el autor lo exalta de acuerdo con cierta nobleza humana que es la de su carácter. Podemos decir que Rosales es como un hijo de ese paisaje, pero un hijo pródigo cuyo retorno no se produce nunca sino a medias: en el recuerdo. Desgraciadamente, otros que intentan igual temática y acento son apenas hijos de dudosa adopción; se mueven por una imaginación pura que aquí no vale. Rosales también imagina, pero con una base memorística. Y ésta es la esencia de todo poeta elegíaco, ya sea del amor, de la infancia; o de su paisaje, como lo es César Rosales. Consignemos, finalmente, que la elección de *Después del Olvido*, como obra base de este comentario a la personalidad de nuestro valorado poeta, pudo haberse ejercitado igualmente con *El Sur* y *la Esperanza*. Ambas obras, casi simultáneas en el tiempo de la generación del 40, elevaron a César Rosales a esa jerarquía. Pero ya conocíamos su producción los que nos preocupábamos por la promoción naciente. En aquellos orígenes donde Novión de los Ríos, por ejemplo, en un artículo aparecido en "Sur", en 1940, nombraba en primer lugar al autor de *Después del Olvido*, anunciándolo como bienvenido, con su mensaje telúrico y humano, desde aquel otro "sur": el de la esperanza.

EL ROSTRO INMARCESIBLE, por León Benarós. Fué éste, también, un libro de poemas situado dentro de cierto tono general de la promoción. Pero lo que caracterizó a cada autor, en ella,

fué cierto “subtono”, características que en León Benarós se ejercitan en una especie de “pintoresquismo” lírico. En primer lugar, por los términos especiales que utilizara el autor de *Romances de la tierra*. (En ese sentido, cada poeta tendría su léxico, y en la originalidad —muchas veces en la audacia...— de ese vocabulario radicaría parte de la personalidad de aquél.) En segundo lugar, y más esencialmente, por los temas tratados en *El rostro inmarcesible*, que, dentro de ese pintoresquismo evocativo de infancia, eran, en apariencia, triviales. En el hecho de insistir en lo anecdótico de seres, utensilios, habitaciones, fechas y acontecimientos cotidianos, se logra lo íntimo y lo melancólico de una Elegía menor. En *El rostro inmarcesible* existían, también, poemas de mayor aliento, libres de esa impregnación de lo hogareño, de ese espíritu de recreación de lo temporal infantil. Luego, en su segunda obra —*Romances de la tierra*— León Benarós terminaría por desechar ese aspecto de la intemporalidad y la universalidad en beneficio de la otra faceta de la poesía: la ofrecida por la propia historia del hombre en un lugar y una época (en este caso, el gaucho como persona y la pampa como ámbito...).

Benarós planteó, con esto, radicalmente, con una circunstancialidad a la que no llegaron las aproximaciones localizadas de otros autores de la generación, el problema de si la poesía joven debe desatenderse o no del medio geográfico e histórico propio de la realidad nacional. *El rostro inmarcesible* quedó, dentro de su producción, en el clima de la generación del 40, y *Romances de la tierra* se ubicó, más bien, dentro de un movimiento de mayor amplitud —y por eso más popularizador—: el de la literatura argentina en general.

ALBERTO PONCE DE LEÓN

GALLO CIEGO, por César Fernández Moreno. A los dieciocho años César Fernández Moreno escribía versos como estos: “La muerte es solamente un cambio de carruaje”, con los cuales un nietzscheano podría apoyar su teoría del eterno retorno. Poco después publica un libro: *Gallo ciego*. Es el canto del que no ve, del que canta en la oscuridad pero que tiene en la cara ojos para ver. No sabíamos si era ciego por la inexperiencia de aquellos ojos jóvenes o porque el despertar al mundo era mejor ser ciego

para no ver. Y canta para que su tiniebla fuese para los demás un rulo de melodía. En *Gallo ciego*, César echa su primera baraja en el tapete del gran juego del mundo. Bien sabía entonces que había elegido un garito de tahures y ángeles: “quise tomar la vida como un juego— y elegí justamente el de la venda—inútil que la torpe mano extienda—inútil que repita que me entrega”. Ya, cantar, era para él un sino implacable; no podía dejar de luchar y no tenía alientos para seguir luchando. A una sensibilidad vivaz le propongo esta tortura para ver cuánto tiempo aguanta sin estallar. El primer soneto de *Gallo ciego* es su postura vital, su actitud ante el cosmos, y su arte poética. Cuando se haga una antología de nuestra poesía del cuarenta debe figurar en ella este soneto, tan extraño y tan perfecto. En este libro hay cuatro o cinco poemas de antología. Es bastante para haber tenido dieciocho años, si no como los de Rimbaud, al menos tampoco como los de los millares de imberbes atónitos e indiferentes que llenan las planillas de los colegios secundarios en estériles asignaturas de literatura castellana. Es bastante, al fin, para un poeta, hasta para un gran poeta. César nos sorprendió a los dieciocho años, cuando Lugones se pegó un tiro. Le mandó una carta en versos alejandrinos, que, probablemente, es lo más fresco y bello que se ha escrito sobre el patriarca. Poco después César se llamó a silencio. No sabemos por qué, a veces el genio necesita detenerse a pensar mirando para atrás, y como todas las cosas que van para grandes necesitan larga gestación, es probable que la pausa sea larga. César, alto, ágil, fino, nervioso; lo vimos con la vibración de un álamo plateado amagado por el viento, cantando con toda la voz que ha tenido; lo veremos —tan caro a sus cuerdas— tal vez entonando una melodía catedralicia. El fogonazo de *Gallo ciego* no puede quedar así; esos relámpagos siempre preludian grandes tormentas. De todos modos, ni los del grupo “Martín Fierro” (con todos los reparos de influencia paterna que se le hicieron a *Gallo ciego*), ni los poetas novísimos que están escribiendo a los dieciocho años de hoy, han podido dar un libro tan sincero, tan juvenil, tan alegre como el que respalda con tamaña honra esta revalidación.

HÉCTOR VILLANUEVA

El hombre que respondiendo a sus vivencias más íntimas, escribe, es vilipendiado en la oficina donde trabaja hasta para darse ese lujo: escribir. En la familia, donde roba horas al sueño en un vicio estúpido y sospechoso. En el gobierno de cualquier país, donde se averigua por qué lo hace y cómo piensa. Y otras cosas más que no alcanzan a interpretar ni políticos, ni comerciantes, y hasta... los lectores. El apellido del escritor, es también un tema, debe sonar con alguna "h" o "w", tiene más público. Los libros que por ese u otro motivo producen algún dinero, entre el editor, el distribuidor, el librero y la "famosa liquidación de haberes", cuando llega a manos del autor no alcanza ni para pagar la 5ª. parte de las deudas que se contrajeron en el tiempo que media entre la venta y la esperanza del "cobro".

En resumen, escribir para vivir es lo más deshonesto y hasta peligroso en los tiempos actuales. La pluma mercenaria tiene algo de "maffia" y mucho de "tráfico". Escribir es "sentirse culpable", es hacerse pasible de la "tarea repugnante", es contemplar con asombro la posibilidad de la aventura y no desesperar por el signo con que puede señalarlo la infamia.

De todas maneras o de todos modos el escritor es convicto. Primero por que escribe. Segundo por lo que escribe y tercero por los resultados que le produce escribir. A veces pasan cosas más curiosas, los amigos se retraen y sospechan en el escritor un oculto designio, al que, dicen, sirve de instrumento, y el escritor entre escritores, pasa a ser una especie de "cepo" de cazador o franco tirador por el que se llega al famoso tema de la literatura individual y la literatura dirigida, de la responsabilidad del que escribe o el conocido trueque de ¿por qué o para quién escribe Ud.? Sobre este vértigo del ambiente en que todo escritor se desenvuelve y para el que no existe paz ni en su hogar, ni en su empleo o profesión o entre sus mismos congéneres, ni en el país, ni el mundo, el hombre que ha nacido para escribir sigue consumiéndose en ese destino. En él se concentran infinitas miradas. Su conducta es objeto de las más extrañas afirmaciones, su moral revisada, oreados sus pensamientos y sus gustos más recónditos, su intimidad puesta en juego y analizado su error, verdad y artificio no sé con que suerte de elemento de prueba con que se munan sus amigos y sus contrarios, los que profesan su misma ideología, religión o estilo, con los que la con-

tradicen. El escritor rebota de un punto a otro del planeta, hace el papel de héroe y de traidor, de víctima y de verdugo, de delator, de cómplice, de prófugo y de vagabundo, pide y se humilla, lo humillan o lo usan, reacciona, grita, acusa o se compromete y pasa del acero, que luce como un asta su filo en mitad de todos los vientos, al estado de flan o al de "betún" o "grasa" donde se "envisca" y "se almibara". Por todo esto el escritor debe ser un "antisocial", un producto anormal del mundo de la relación humana, algo así como un parásito que a veces profetiza en lo más desolado de algún siglo el por qué de su agonía. Espíritu arbitrario y gratuito al que por inercia se le deja andar por la vida aunque de su alma surja el anticipo o la premonición del camino que toma la existencia del hombre en el mundo.

Este ser puramente intelectual, al cual llama la vulgaridad "fracasado" traduce un testimonio. Inmanente a él vive y evoluciona lo revolucionario, lo "nuevo", es la antena de la conquista de la civilización universal, es el dolido productor de "arte" y de "esperanza", es la expresión de una época que en él encuentra su sentido, es el "fondo" espiritual de un mundo donde el abismo mira desde abajo la "infinita medida". Su disconformidad es "aviso" no rebeldía sistemática. Nada castiga en él tanto como el "riesgo" y sin embargo la solidaridad social no lo protege y se lo excluye. La fidelidad con que vive su tiempo no es considerada, ni alentada aún hasta para la fidelidad que el aspira guardar por lo menos consigo mismo. Se le acecha y se le hiere, se le escarnece y desmoraliza, se lo bastardea y corrompe hasta que el virus que sólo él produce llega hasta la sangre misma del corazón de la humanidad y la contamina.

¿Qué está sucediendo, pues, en el siglo XX con el escritor? Estaremos en situación de comprobar que es cierto que "en el siglo XX la literatura acaba de desprenderse de la ideología religiosa y se niega a servir a la ideología burguesa?" ¿Podrá ser posible que el escritor no sepa que hacer por el momento con la libertad de pensar? y "que lo que pide es algo muy diferente de las libertades abstractas; que desea el mejoramiento material de su suerte y más profundamente, más oscuramente también, el fin de la explotación del hombre por el hombre?"

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

MEMORIA DEL AMANTE, de Martín Alberto Boneo. *Col. de la Clepsidra. Buenos Aires.*

MUNDO DE MILAGRO, de Mario Binetti. *Buenos Aires. Ed. del autor.*

ALABE, de Haydee M. Ghio. *Ed. Pilmaiquen. Buenos Aires.*

EL CONSTRUCTOR DE SUEÑOS, de Roberto J. Pifarré. *Lib. Perlado.*

EL VITRAL DE LOS CUERVOS, de Luis Alberto Caputti. *Cuadernos Julio Herrera y Raissig. Montevideo.*

LIRICA HISPANA, núms. 111 y 112. Antología uruguaya editada en Venezuela.

BUENOS AIRES LITERARIA, revista N° 2. Buenos Aires.

AGORA, cuadernos de poesía, N° 7. Madrid, España.

Todos los materiales han sido escritos para EL 40.

Queda prohibido reproducir fragmentaria o íntegramente cualquiera de ellos sin autorización o sin mencionar su procedencia.

No se aceptan colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas.

Registro de la Propiedad Intelectual No. 382698.

Queda hecho el depósito que previene la Ley.

Copyright by Dora S. de Boneo.

Printed in Argentine.
Impreso en Argentina.

